

1

Cincuenta minutos de gloria

Todos somos ignorantes. Lo que ocurre es que no todos ignoramos las mismas cosas.

ALBERT EINSTEIN

Casi me había dormido en la bañera cuando sonó el teléfono. Llevaba todo el día peleándome con un guión sobre la posibilidad de viajar en el tiempo. Tras completar un borrador provisional, había decidido tomar un baño caliente para relajarme.

Aunque quedaban dos horas para la entrega, al ver en la pantalla del móvil el nombre de Yvette, la productora del programa, me temí que se avecinaban problemas.

Llevaba dos años trabajando de guionista para *La Red*, uno de los espacios con menos audiencia de la emisora. Era el trabajo ideal para un ermitaño de ciudad como yo; las únicas llamadas que recibía por parte de la radio eran para cambiarme el tema a última hora. En el caso de los viajes en el tiempo, casi lo hubiera agradecido, pero al otro lado de la línea me esperaba algo muy diferente.

—¿Qué haces esta noche? —preguntó ella.

Necesité unos segundos para responder algo razonable. La coordinadora de *La Red* era una de las mujeres más atractivas que conocía, pero nunca había imaginado que tuviera alguna posibilidad con ella. Era una chica dura que jamás se salía del plano profesional.

Dando por supuesto que quería salir a cenar conmigo, finalmente respondí:

—De hecho, nada. Llevo todo el día intentando averiguar cómo se las compone uno para viajar en el tiempo, pero sólo he encontrado el relato de H. G. Wells, películas infumables y teóricos que son aún peores que las películas.

—Aparca los viajes en el tiempo por ahora, quiero proponerte algo más interesante.

«Vamos a salir a cenar», pensé. Ya me veía en un restaurante, a la luz de las velas, con la divina Yvette. Sentí el calor en mis mejillas al preguntar:

—¿Qué puede haber más interesante que viajar en el tiempo?

—Los quince minutos de gloria a los que todo el mundo tiene derecho, según dicen. Aunque tú has tenido más suerte: te han correspondido cincuenta minutos de gloria. Tres veces más que al resto de los mortales.

—¿De qué diablos me hablas?

—Vas a debutar como tertuliano, Javier. Un invitado que teníamos para esta noche ha sufrido un accidente y no encuentro a nadie para sustituirle.

Me desinflé al momento. No sólo se esfumaba el plan romántico creado por mi pueril imaginación. Se trataba

de salir a las ondas, cuando mi timidez me impedía mantener el aplomo en una reunión de vecinos. Además, como los guiones se preparaban con semanas de antelación, ni siquiera recordaba cuál era el tema programado para aquella noche.

—Sólo faltan dos horas para la emisión —me defendí.

—Lo sé, pero tú eres un experto en casi todo, ¿me equivoco?

—Absolutamente. Soy un maestro del «recorta y pega», pero intervenir en directo para cincuenta mil oyentes es algo muy distinto.

—Cuarenta mil —puntualizó Yvette—, en el último estudio de medios hemos bajado un peldaño más hacia el infierno.

—En cualquier caso, son suficientes para reírse de mi pobre oratoria. ¿No tienes otra alternativa?

—Negativo. Vamos, no te hagas el remolón. Va a ser muy fácil: Hernán llevará el peso de la entrevista. Tú sólo tienes que hacer dos o tres aportaciones inteligentes a lo largo del programa.

—De relleno, vaya —añadí mientras intentaba recordar qué guión había redactado una semana antes.

Al parecer, el baño caliente me había derretido la memoria.

—*Einstein relativamente claro*, ¿te acuerdas? —apuntó ella impaciente—. El programa gira en torno al libro, aprovechando que tenemos al autor en el estudio.

—Es un tostón —dije haciendo memoria—. Dudo que a nadie se le aclare la relatividad leyéndolo. Creo que el

autor no ha entendido nada de lo que dijo Einstein. Aunque yo tampoco, no creas.

Sin hacer ningún caso a lo que acababa de decir, Yvette concluyó:

—Genial, entonces eres nuestro hombre para esta noche. Sé puntual, ¿vale?

Luego colgó.

Me quedé un buen rato pasmado en la bañera mientras el agua se iba enfriando. Cuando tomé nuevamente el móvil del suelo, me di cuenta de que para llegar a la radio tendría que ponerme en camino en menos de una hora.

Salí del agua dejando un gran charco en el lavabo. Era la única estancia de proporciones decentes de mi apartamento, que se completaba con un saloncito para gnomos y una cocina en la que había que entrar de lado.

Puesto que en vez de cenar con Yvette iba a hacer de *sparring* a un pelmazo, me vestí con lo primero que encontré en el armario. Luego imprimí el guión que había redactado yo mismo la semana anterior. Básicamente era una introducción para Hernán, el conductor del programa, y una batería de preguntas para el invitado: Juanjo Bonnín.

Faltaba encontrar el dichoso *Einstein relativamente claro*, donde había pegado algunos post-its con comentarios. Pero se hacía tarde y aquel mamotreto parecía haberse volatilizado.

Cuando ya había renunciado a él, apareció sobre el taquillón del recibidor mientras abría la puerta para salir.



Recordé entonces que lo había dejado allí para devolverlo a la emisora. Lo metí en mi macuto junto con el guión y bajé los escalones de tres en tres. Disponía de diez minutos para llegar en moto a la radio antes de que sonara la sintonía de *La Red*, que tenía la virtud de crisparme los nervios.

Di gas a mi vieja Vespa y empecé a sortear coches en la noche barcelonesa, ignorando que mis cincuenta minutos de gloria iban a ser un pase VIP hacia el ojo del huracán.

